

CLUB DEL MISTERIO

BRETT HALLIDAY



**CAPAZ
DE MATAR**

47

Muchas cosas le ocurren a Tim Rourke en aquel pequeño país sudamericano. Un revolucionario; una deslumbrante belleza que dice que vio a la policía del dictador asesinar a un dirigente opositor; dos hombres que hieren a Rourke para que lo confundan con la víctima de un ataque, y finalmente, Carla Adams, la hermosa norteamericana perseguida. ¿Qué podía hacer Rourke? Hacer pasar a Carla Adams la frontera y telegrafiar a Mike Shayne para que lo fuera a ver en el aeropuerto de Miami. Pero cuando Shayne llega, al aterrizar el avión no hay huellas de Tim Rourke ni de la muchacha. Este nuevo caso de Michael Shayne es otra de las apasionantes novelas que millones de lectores han aprendido a esperar de la máquina de escribir de Brett Halliday.

Orden de aparición *de los personajes*

Timothy Rourke, *cronista policial. Su crónica le costó muchos golpes.*

Renzullo, *hombre de agallas, decía pertenecer a la policía especial y hacía lo posible por parecerlo.*

Carla Adams, *rubia. Colabora con el movimiento clandestino para derrocar al dictador. Muy mentirosa.*

Malloy, *director de la aduana. No descubre el contrabando, pero en su oficina ocurre el desenlace.*

Michael Shayne, *el detective privado. También recibió muchos golpes.*

Lucy, *la secretaria del detective privado, y algo más.*

Harry Mann, *un hábil organizador de casas de juego.*

Nariz Aplastada (Sammy). *Un tipo de pacotilla, con mucho músculo.*

Profesor Quesada. *Jefe del movimiento subversivo. Un viejo muy pintoresco.*

Painter. *Un policía ostentoso y tiranuelo con sus inferiores, pero humilde con los importantes.*

Capítulo primero

El teléfono sonó.

Timothy Rourke sintió la tentación de ignorar el llamado. Tenía en la mano una bebida fresca y no sentía deseos de moverse hasta ver el fondo del vaso.

Acababa de regresar al hotel después de haber realizado una visita guiada por la capital. No estaba acostumbrado a caminar durante tanto tiempo y le dolían los pies. En compañía de un conjunto de maestros provenientes de Cleveland, Ohio, había contemplado la catedral, el mercado, las antiguas fortificaciones sobre el Caribe, así como un número indefinido de estatuas de bronce del mariscal González, que había sido presidente de aquella república centroamericana desde que era dable recordarlo.

Había sido un día horrible. El guía aburrió inmensamente a Rourke con sus alabanzas al mariscal, quien, en opinión de Rourke, era un sinvergüenza de marca mayor. La presencia de Rourke había excitado a las maestras. En aquellas regiones eran raros los turistas masculinos que viajaban solos. Rourke era delgado al punto de parecer desnutrido. Tenía ojeras como cavernas debajo de los ojos y los diversos segmentos de su esqueleto parecían estar más bien sueltos que fuertemente unidos. Los largos años como repórter policial del *Daily News* de Miami lo habían hecho cínico y mordaz, pero esto no se veía en la superficie. Rourke, para su inmenso desagrado, despertaba invariablemente el instinto maternal de todas las mujeres solteras de arriba de treinta años. Todas querían alimen-

tarlo, y hacerlo aumentar de peso, y que dejara de fumar, de beber o de acostarse tarde.

El teléfono continuó llamando, cubriendo el murmullo del acondicionador de aire. Rourke suspiró. Aquél podía ser el llamado que estaba esperando.

—¿Señor Rourke? —preguntó una voz de hombre.

El tono era bajo y cauteloso. La mano del periodista apretó con fuerza el teléfono. Aunque ostensiblemente estuviera de vacaciones, en realidad andaba en busca de noticias. El mariscal González ganaba las elecciones fácilmente, apostando policías en cada una de las urnas, para vigilar a los votantes. Pero a pesar de la censura más absoluta, no era secreto que gran parte de la población no lo quería. Estos demostraban sus sentimientos colocando bombas, escribiendo con tiza consignas en las paredes y en ocasiones realizaban manifestaciones en las calles. Desde su llegada, Rourke había tratado de ponerse en contacto con algún representante de la oposición clandestina.

—Sí, habla Rourke —replicó.

—Magnífico... —susurró la voz con un dejo conspiratorio—. Quizás el señor norteamericano guste de realizar al atardecer una excursión por la ciudad... Le mostraré algunos lugares muy elegantes, muy atrevidos.

Rourke profirió una exclamación de fastidio.

—Lo siento, pero no tengo interés.

—¡Señor Rourke! —dijo la voz con insistencia—. En los establecimientos a donde yo lo conduciré el juego es limpio, la bebida de excelente calidad y barata, y bajo ninguna circunstancia los «barman» ponen drogas en la bebida del cliente. Permítame que sea su guía por esta noche, sin recompensa.

Rourke no dijo nada y la voz prosiguió con un dejo de desesperación:

—Usted es periodista, ¿no? Un hombre de mundo. Usted nunca habrá oído ni mencionar siquiera las cosas que

voy a mostrarle.

Y entonces Rourke comprendió. Un buscador de clientes para una casa de juego no tendría forma de saber que él era periodista. Estaban hablando por medio del conmutador del hotel que sin duda era controlado.

—Pensaba cenar en mi habitación, pero usted está despertando mi interés.

—Muy bien —respondió la voz con alivio.

—Pero quiero hacerle una advertencia —prosiguió Rourke—. Cambiaré un cheque de viajero por cincuenta dólares y es todo lo que tengo conmigo. Quiero que usted sepa que hay un límite...

—Por favor, créame... no tengo el menor interés en robarle. ¿Nos encontramos a las siete de la tarde?

—¿En el salón de entrada?

Después de una breve vacilación la voz replicó:

—Creo que es mejor que no sea allí. Por favor, haga usted lo que le indico. Salga del hotel por la puerta principal, doble luego a la derecha, y siga hasta llegar a la Avenida González. Lo esperaré en la segunda esquina. Llevaré una flor en la solapa para que usted me reconozca.

—Comprendido —dijo Rourke—. Estaré a las siete.

Minutos antes de la hora indicada, Rourke salió del hotel. En el momento en que apagaba el fósforo un pequeño coche inglés dio vuelta en la esquina. El conductor, un joven de cabello negro, con una pequeña orquídea en el ojal, se inclinó hacia afuera y le abrió la puerta.

—¿Señor Rourke? —exclamó alegremente—. Suba, por favor.

Rourke subió al pequeño coche. El joven apretó con fuerza el acelerador bruscamente, haciendo un ruido fragoroso con la palanca de cambio.

—No es mi coche —se disculpó—. No estoy acostumbrado a manejarlo.

El repórter estudió a su compañero. Era tan sólo un muchacho y Rourke puso en duda que tuviera edad sufi-

ciente para sacar el permiso de conductor. El joven miraba continuamente por el espejo retrovisor.

–Creo que nos siguen –dijo con calma.

Rourke rió nerviosamente.

–¿Por qué habría alguien interesado en seguir a un turista que recorre los centros de diversión nocturnos?

–Ocurre que en nuestro país el juego y las chicas alegres y bonitas están al margen de la ley. ¡Haga exactamente lo que yo le diga! –exclamó de pronto.

Hizo girar bruscamente el volante y con un chirrido de las gomas sobre el pavimento, el coche tomó rápidamente una calle lateral. Conduciendo en forma temeraria, el joven tomó como una flecha la mano izquierda para pasar a un camión y después casi rozó a otro coche al pasarlo por la derecha. Dio otra rápida vuelta, apretó los frenos y cerró el contacto.

–Crucemos la calle, señor Rourke.

Salió del coche en un santiamén y se precipitó en medio del pesado tránsito para cruzar la calle. Las bocinas sonaron con fuerza y alguien gritó. Rourke, más cauteloso, llegó a la vereda de enfrente, unos pasos detrás de él. El muchacho le hacía señas con impaciencia. Tomaron por una galería estrecha, una callejuela empedrada flanqueada por negocios. En el extremo opuesto de la galería esperaba un taxi, con el motor en marcha. Rourke siguió al muchacho y se sentaron en el asiento de atrás. La puerta se cerró de un golpe. Un instante más tarde se unieron a la corriente de tránsito que se alejaba de la zona céntrica, hacia el barrio residencial y las playas.

El muchacho, muy excitado, se secó la frente con el pañuelo.

–Funcionó como el mecanismo de un reloj, señor. No siempre sucede así, se lo aseguro. Cuando una cosa está bien, la otra sale mal. Pero esta vez, usted se hallaba parado en el lugar indicado, el taxi estaba esperando...

—Ahora quizás usted me diga qué significa todo esto —dijo Rourke.

El joven se puso serio. De pronto pareció mucho más viejo.

—Señor Rourke, ¿usted está de vacaciones? —dijo—. Pero, de todos modos es usted periodista, como nos hemos tomado el trabajo de averiguar y tiene usted la costumbre de hacer preguntas. Usted ha preguntado a los mozos y a otros conocidos fortuitos sus opiniones sobre el régimen... y de paso, lo ha hecho en una forma más bien imprudente. Naturalmente, teníamos curiosidad por conocer a ese periodista norteamericano que se interesaba en nuestros asuntos políticos.

—¿Quiénes son ustedes?

El muchacho se irguió.

—La Unión de Estudiantes Revolucionarios Democráticos, afiliada al Comité Nacional Provisional por Elecciones Libres. Ahora, volvamos a nuestros asuntos. ¿El nombre Jaime Ramírez tiene algún significado para usted?

Rourke meditó un momento.

—Lo he visto en alguna parte. ¿Quién es?

—Antes de su muerte —respondió el joven, mirando con firmeza hacia adelante— era el líder de la juventud democrática, el más valiente, el más abnegado; estoy orgulloso de decir que yo era su compañero. Fue asesinado por la policía.

Hizo una pausa y Rourke observó que en la articulación de la mandíbula tenía un nudo de músculos.

—En nuestro país eso no es un caso raro —prosiguió el joven—. Ramírez desapareció una noche. A la mañana siguiente su cadáver fue arrojado desde un automóvil en marcha, que atravesaba los alrededores de la ciudad. Lo habían golpeado brutalmente. Sus uñas habían sido arrancadas.

—Sí —refunfuñó Rourke—. Ahora recuerdo dónde vi ese nombre.

—No hay duda sobre la identidad de los asesinos. Y el pueblo tiene que saber que si es lo bastante tonto para soñar con democracia y libertad, correrá la misma suerte. Mientras tanto, los partidarios del mariscal y sus amigos de los Estados Unidos pueden decirnos: *¿dónde está vuestra prueba? González es un hombre de familia, que ama la música y de ninguna manera el monstruo que vosotros pintáis.* Estas son las dos caras de la política de terror. Se la explota en casa y se la niega en el exterior.

—¿Y esta vez ustedes pueden probar que la policía lo hizo?

—Precisamente, señor. Por lo general se apoderan de la víctima cuando está sola, pero esto era imposible con Jaime. Tomaba siempre la precaución de tener constantemente a alguien consigo. De modo que tenemos un testigo de su secuestro. Queremos que el relato de esa persona sea publicado en los periódicos norteamericanos.

Miró hacia afuera y habló en español al chofer. Este disminuyó la velocidad del coche, y después de dar varias vueltas, penetró en un barrio de casas de inquilinato, grandes edificios de hormigón y yeso que parecían cuarteles a punto de desmoronarse. El camino empeoraba a medida que se alejaban de la avenida principal. Después de un tiempo de marcha el coche se detuvo y el muchacho aconsejó cortésmente a Rourke que prestara atención al caminar. La vereda no era más que un sendero sucio y polvoriento.

El aspecto del barrio no agradó a Rourke. Vaciló un instante antes de seguir al muchacho, que descendió un corto tramo, por una escalera exterior.

Entraron en un sótano húmedo y oscuro. Cuando los ojos del repórter se acostumbraron a esa semioscuridad, pudo distinguir una mesa desnuda y varias sillas derechas.

En la sombra se hallaba una mujer, sentada contra la pared. Vestía de negro y tenía el rostro oculto.

–El repórter norteamericano –anunció el muchacho triunfalmente–. Por favor, señor, siéntese.

Se acercó a un armario y sacó una botella de ron y tres vasos. Ofreció uno de ellos a la mujer, pero ésta lo rechazó con un movimiento de cabeza. Rourke y el joven hicieron chocar sus vasos mientras éste murmuraba un brindis en español. Rourke se dio cuenta que el ron era dulce y muy fuerte.

–No debemos quedarnos aquí mucho tiempo –dijo el joven–. Usted comprenderá que es imposible que la señora le diga su nombre. Ella le relatará las circunstancias de la desaparición de Jaime y si hay algo que usted no comprenda, por favor pida una explicación.

Rourke miró a la mujer. Esta se inclinó hacia adelante, con las manos aferradas a las rodillas. Su rostro seguía oculto todavía. Habló en un inglés con fuerte acento español, que el repórter pudo seguir sin dificultad.

–Yo tengo una pequeña casa de hospedaje. Cuando tal o cual persona está en dificultades, viene a verme y si es un verdadero amigo del comité, lo escondo hasta que sus amigos vengán a buscarlo, ¿comprende? Ya en otras oportunidades había conocido bien a Jaime Ramírez. Era un muchacho que siempre andaba en dificultades –se rió silenciosamente y prosiguió–: Siempre en dificultades, a veces con la policía, a veces con los maridos de jóvenes mujeres casadas.

–Señora –interrumpió el muchacho, del otro lado de la mesa.

–Quizás soy injusta con él –dijo ella–. Pero ése sí que era buen mozo. Yo misma... pero no importa. Aquella vez había conseguido evidentemente alguna especie de triunfo político, de lo que me di cuenta por ciertas pequeñas cosas que dijo. Parecía más feliz que de ordinario. Aquella primera noche rió y bromeó con nosotros y estaba demasiado excitado para dormir. Naturalmente no lo presioné para obtener detalles. Yo no deseo enterarme de ninguna

de las andanzas y acciones de mis huéspedes cuando se hallan fuera de mis cuatro paredes.

—¿Cuánto tiempo se quedó Ramírez? —preguntó Rourke.

—Una noche, un día. Vinieron a buscarlo la segunda noche. Estábamos cenando. Hubo un golpe en la puerta. Nadie sabía que Jaime estaba allí, pero como usted comprenderá, estábamos preparados para las sorpresas. En mi barrio los edificios están pegados uno al otro y existe siempre la forma en que una persona pueda irse secretamente. Yo había sido visitada por la policía solamente una vez y gracias a la dulce Virgen en esa oportunidad no pudieron agarrar a ninguno. Antes de desatranca la puerta, Jaime y los otros se prepararon para una partida apresurada.

La mujer se inclinó hacia adelante y habló más rápidamente. Rourke sabía que podría recordar cada palabra, cada inflexión de su voz.

—Era un hombre —dijo ella—, un extraño. No podía verlo bien, pero tenía una mirada que no me gustó. Estaba parado bien lejos de la puerta y me alargó una nota. *Para Jaime* —dijo—. Naturalmente, le repliqué que no conocía a nadie de ese nombre. Le dije que se fuera antes de que llamara a la policía. Pero él insistió. Al fin tomé la nota, pretendiendo que ésa era la única forma de librarme de él, y cerré la puerta con llave. Después de leer la nota, Jaime se dispuso para salir. No traté de disuadirlo aunque en aquel momento, lo confieso, tuve el presentimiento de que algo podía ocurrir. Le dije adiós con lágrimas en los ojos. Desde la ventana, detrás de la cortina, lo observé mientras se alejaba con el extraño, con el saco puesto descuidadamente sobre los hombros. Jaime no tenía miedo de nada. Después oí el motor de un automóvil. Un coche norteamericano de color negro venía lentamente por la calle. Jaime miró a su alrededor con evidente alarma y dio un salto hacia un costado. No fue lo suficientemente rápido. El otro lo

agarró por la cintura obligándolo a atravesar la vereda. Otro de esos malditos salió y lo arrastró hacia el coche. Entonces rugió el motor y el coche se alejó con rapidez de nuestro barrio.

–Y a la mañana siguiente, como ya le conté, señor –agregó el muchacho–, el cuerpo de Jaime, casi desnudo, fue arrojado en los suburbios desde un coche similar.

–¿Cómo saben ustedes que era un coche de la policía? –preguntó Rourke.

–Nosotros lo sabemos, señor –sonrió ella.

El joven respondió con seriedad.

–Primero, el color. Era negro. Segundo, era de marca Chevrolet, de dos puertas. Tercero, tenía una antena de radio. Quizás estos puntos no tengan significado para usted, pero le aseguro que nosotros estamos familiarizados con esos coches. Sólo la policía los tiene.

Después de sopesar la historia en silencio durante unos momentos, Rourke preguntó a la mujer.

–¿Reconocería usted al hombre si lo viera de nuevo?

–¡Espero no volver a verlo una segunda vez! –exclamó ella.

El muchacho dijo ansiosamente.

–Usted no comprende, señor. Todo esto no es obvio para los norteamericanos, como lo es para nosotros.

–¿Puede usted describir al hombre que vio?

–Estaba oscuro –dijo ella vacilando–, y tenía el sombrero echado sobre los ojos. Creo que era más bien bajo, con espaldas anchas. Tenía todo el aspecto de un policía y a primera vista le tuve desconfianza. En una sola cosa no era típico. Usaba anteojos gruesos, con lentes curvos. Recuerdo esos ojos grandes que pestañeaban al mirarme.

El muchacho, preocupado, observó el rostro de Rourke.

–No es prueba suficiente –dijo con desaliento en la voz –. Perdóneme, yo estaba demasiado excitado. Los asesinos de Jaime no serán enjuiciados; eso lo sabemos y lo

hemos sabido siempre. Pero lo que sucede es que nunca antes dispusimos ni siquiera de una prueba como ésta. Ahora la juzgo a través de los ojos de un extraño y veo que significa muy poco. Un par de anteojos, un coche negro...

—¡Diablos, yo estoy convencido! —exclamó Rourke—. Ya estoy predispuesto contra vuestro mariscal. Sólo pienso en lo que opinará el hombre corriente que paga su moneda por el *News*. Cuénteme algo sobre Jaime Ramírez.

La mujer se envolvió la cabeza con un chal negro y se puso de pie.

—Si ustedes empiezan a hablar de política será mejor que me vaya. Si me agarran alguna vez, que Dios no lo permita, tendrán poco trabajo en persuadirme que les diga todo lo que sé. De modo que es mejor no saber nada. ¿Tendrá cuidado con lo que usted escribe, señor? Describa a la cuidadora del escondite como joven y hermosa. De esa manera, no sospecharán de mí.

La luz de la única ventana iluminó el rostro de la mujer y Rourke se sorprendió al ver que era mucho más vieja de lo que él había pensado.

—La reconocerían a usted de inmediato por esa descripción —dijo galantemente.

Ella rió. El muchacho abrió una rendija de la puerta para mirar afuera. Se estrecharon las manos rápidamente y la mujer salió.

El muchacho regresó, se sentó e inclinando la silla hacia adelante comenzó a hablar de las actividades de los estudiantes y de la intranquilidad reinante entre la población. Rourke tomó notas rápidas en un pliego de papel de copia.

Cuando terminó de contestar a todas sus preguntas era ya tarde. Dobló el papel de copia y se lo guardó. Tres vasos de ron puro, tomados uno después de otro, habían vuelto temerario al muchacho. Propuso a Rourke que fueran juntos a arrojar volantes contra González, desde la pla-

tea alta de una gran sala cinematográfica. Rourke declinó la proposición dándole las gracias. La lucha contra el dictador no era asunto suyo.

Desalentado por su rechazo el muchacho condujo a Rourke a través de un laberinto de calles sin pavimentar hasta una de las avenidas bien iluminadas. El repórter se despidió e hizo señas a un taxi que pasaba.

El chofer quiso llevarlo a un *night club* en lugar de al hotel, pero Rourke también declinó la oferta. Estaba pensando en lo que le habían contado. El director del diario estaría encantado. Ahora tenía suficiente material para una importante serie de artículos en primera página, que harían sensación en Washington y que serían recogidos por las agencias de servicios telegráficos bajo un encabezamiento que rezaría así: «En un artículo exclusivo para el *Daily News* de Miami, Timothy Rourke, ganador del Premio Pulitzer, reveló hoy que...».

Pero la mente de Rourke estaba llena de preguntas sin respuestas. Ramírez, sin duda alguna, había sido asesinado por la policía, como sostenía el muchacho. Pero ¿y si la encargada del hospedaje había inventado los detalles, el hombre de anteojos, el coche policial negro, etc., sólo para hacer más plausible la historia? Una amplia publicidad sobre el caso en los Estados Unidos ayudaría a la causa rebelde.

¿Y qué pensar sobre aquel misterioso viaje en el auto inglés? Rourke no había podido comprobar personalmente si el auto en realidad había sido robado. El muchacho había declarado que los seguían, pero Rourke no pudo localizar a ningún policía detrás de sí. Quizás toda esa carrera alocada había sido preparada de modo que se tragara con más facilidad la historia de la mujer.

Maldijo su escepticismo, que era parte de su carácter, desde el primer mes de su trabajo como repórter policial. Tendría que preguntar la opinión de Mike Shayne. Shayne tenía un poder extraordinario para detectar las mentiras.

Si había algo falso en la historia, el pelirrojo amigo de Rourke podría señalarlo en seguida con el dedo.

Descendió del taxi cuando llegaron al hotel Presidente. En el *hall* se detuvo en el mostrador de pasajes para reservar un asiento en el próximo avión que salía para Miami, al día siguiente por la tarde. Ahora que había conseguido su historia no tenía que seguir fingiendo que era un turista.

Al atravesar el corredor que lo llevaba a su habitación, se dio cuenta de que le dolían los pies. El efecto del ron estaba desapareciendo.

Dio vuelta a la llave de la puerta. De pronto se detuvo, con la puerta parcialmente abierta y la llave aún en la cerradura.

Olió el humo de un cigarro.

El instinto le aconsejó que retrocediera rápidamente y cerrara la puerta, pero antes de que su cansado cerebro pudiera obedecer a esa sugerencia, alguien desde adentro la abrió de un tirón.

Se encontró frente a un hombre alto, vestido con simplicidad, de ojos adormilados y mandíbula saliente. Había otro hombre al lado de la cama, que estaba revisando la valija de Rourke. Era bajo y rechoncho, de complexión robusta, con cuello de toro. Estaba masticando la colilla de un cigarro.

El hombre se dio vuelta y Rourke recibió una sacudida. Unos ojos negros enormes y saltones lo miraban detrás de los gruesos cristales de los anteojos.